

resulta muy llamativa cuando nos percatamos de que las raíces culturales de Lévinas remiten a una tradición férreamente monoteísta a la hora de concebir a Dios y que, hábilmente, abre la reflexión de Lostao.

En definitiva se trata de un ensayo de altura y, por tanto, de muy recomendada lectura.

José Antúnez Cid

---

LLANO, A., *Deseo y amor* (Ed. Encuentro, Madrid 2013). 195 pp. ISBN: 978-84-9920-183-2

Alejandro Llano es profesor de filosofía de la Universidad de Navarra de la que ha sido rector, así como decano de su Facultad de Filosofía. Entre otras publicaciones, podemos destacar: *Fenómeno y trascendencia en Kant* (1973), *Ética y política en la sociedad democrática* (1981), *Gnoseología* (1982), *Metafísica y lenguaje* (1984), *La nueva sensibilidad* (1988), *El humanismo en la empresa* (1991), *El enigma de la representación* (1999), *Humanismo cívico* (1999), *El diablo es conservador* (2001), *La vida lograda* (2002), *Repensar la Universidad* (2003), *Deseo, violencia, sacrificio* (2004), *Cultura y pasión* (2007), *En busca de la trascendencia* (2007), *Olor a yerba seca* (2008), *Metafísica tras el final de la metafísica* (2008), *Segunda navegación* (2010) y *Caminos de la filosofía* (2011).

Tras el “Prólogo” (pp. 7-11), en el que Llano anuncia al lector su intención de pensar qué sea el deseo y su relación con el amor en estrecho diálogo con Marcel Proust y particularmente con su libro *En busca del tiempo perdido*, el lector encuentra unas “Referencias bibliográficas” (p. 12) y, a continuación, el autor da comienzo a su reflexión con el primero de los 18 capítulos en que queda dividido el libro, “El ansia y la sed” (pp. 13-25). Ahí nos encontramos con el hombre, es decir, con el varón y la mujer, como una realidad abierta, permanentemente pendiente de definición, de irse haciendo, un ser que es tarea para sí mismo, abierto siempre al futuro, sediento pendiente de plenitud, amenazado de ser desposeído por el paso del tiempo y acaso con el recurso del recuerdo para ser siempre poseedor. La diferencia entre deseo y amor empiezan a delinearse: “En el deseo, el sujeto atrae hacia sí la cosa de la que se pretende disfrutar; en el amor, es el amante el que se ve reclamado por la persona amada” (p. 23).

“La imposible satisfacción” (pp. 27-44) se encarga de presentar al hombre como una realidad inconclusa que siempre está en búsqueda de su acabamiento, por ello, el deseo es algo presente en el hombre, pero al mismo tiempo insaciable, pues “lo propio del deseo no es ser satisfecho por algo determinado. Porque su dinámica

incide más en el desear que en lo deseado. El deseo no se calma” (p. 40). Esta tensión da ocasión al autor para abrirle el portillo al amor frente al deseo.

En el tercer capítulo, bajo el título “Insaciables” (pp. 45-55), no solamente se diferencia la necesidad del deseo, sino que Llano empieza a señalar diferencias entre éste y el amor. Significativamente, por su pensamiento gnoseológico, establece una analogía:

La diferencia entre deseo y amor, que aquí simplemente se esboza, puede compararse filosóficamente con la distinción entre representación y concepto. La representación como imagen o vivencia es episódica y tiene fecha de caducidad. El concepto (la comprensión de lo que una cosa es) resulta permanente y no caduca. Las representaciones de una realidad son múltiples, mientras que el concepto es uno (p. 51).

Y parece que llega el momento de avanzar “Hacia el amor” (pp. 57-68). Para ello Llano diferencia, sin separar, pues trata de evitar los dualismos, el deseo y el amor; entre ellos también hay una jerarquía. Dos rasgos cabe destacar. Mientras que el deseo tiene carácter procesual, el amor es acto, *praxis teleia*, por ello, amar es haber amado y el amor no dura, sino que perdura. El otro rasgo es que “el amor, para ser cumplido, exige ser correspondido” (p. 59); ya en el “Prólogo” había dicho que el amor “requiere siempre reciprocidad” (p. 10). Lo cual hace que nos preguntemos si es posible el amor al enemigo, si, por tanto, el amor está condicionado por la respuesta del otro. No sin contraste con esto, afirmándose una gradación en el amor, se afirma que el auténtico amor es don “entre cuyas características se encuentra que no exige pago ni réplica. [...] Todo lo cual no quiere decir que la entrega del don rechace la reciprocidad” (p. 66).

La quinta entrega se titula “Lo primero es el amor” (pp. 69-78). En estas páginas el autor destaca el papel central del amor en la vida afectiva, se trata de la fuente y término de lo emocional y afectivo en el hombre. Sin que el amor se dé al margen del deseo, se destaca lo activo y creativo de él, su orientación hacia el bien y el carácter trascendental del mismo, en el sentido de llevar al hombre más allá de sí mismo. El capítulo subraya nuevamente la reciprocidad en el amor.

Tanto en “Conversión” (pp. 79-88), donde se afirma que “la conversión es el paso del amor de concupiscencia al amor de amistad como temple fundamental de la persona. Se deja de estar centrado en uno mismo, para poner el foco de atención en el bien en sí, en lo que es máximamente valioso, con cierta independencia del beneficio o perjuicio que de ellos se sigue para cada uno” (p. 82); como en “*Sub specie aeternitatis*” (pp. 89-94), no solamente se afirma el trascender de uno mismo yendo más allá de sí mismo, sino también la trascendencia de la persona amada. Lo mismo que la contemplación de la verdad va a la esencia, a lo que trasciende el tiempo, dejando a un lado la facticidad, otro tanto debe ocurrir en el amor.

El capítulo octavo es la ocasión para hablar de “Las tribulaciones del amor” (pp. 95-99). El amor en esta vida va acompañado de sufrimiento, no solamente por las adversidades externas que un proyecto común debe afrontar, sino por la dificul-

tad de la identificación de los dos amantes, que tiene su prueba extrema en la limitación de la muerte. Ante ella cabe abrir la perspectiva de la eternidad o bien cerrarse en el fatalismo a que nos condena toda limitación sin posible escape.

De modo que es momento para hablar de “Esperanza y cuidado” (pp.101-109). La esperanza aviva el amor, lo acrecienta, pero no se trata de un optimismo que confía en las propias fuerzas para la realización del proyecto personal en esta vida. Llano apuesta por la sabiduría de quien confía en la Providencia. El crecimiento del amor, en la corriente de la esperanza que lo abre al futuro, lo hace más dadivoso y más cuidadoso de las personas que se aman.

“Los secretos del deseo” (pp. 111-115) acentúa, desde el punto de vista del estilo, algo muy presente en el libro; en este caso sirve de expresión al contenido. Los párrafos, casi en yuxtaposición, se van sucediendo los unos a los otros sin una argumentación que enlace los unos con los otros, sencillamente tienen en común el ser características del deseo como el sustraerse a la lógica, no limitarse a lo posible, estar en continuo movimiento y cambio, estar hecho de ilusiones y transfiguraciones, etc.

Ya en “Celos” (pp. 117-124), como cabe esperar por el título del capítulo, se dan algunas pinceladas, sin mayor profundidad, sobre la relación que hay entre los celos y el deseo. En relación con este capítulo y retomando una de las notas señaladas en el décimo, “Deseo mimético” (pp. 125-137), se centra en la teoría de René Girard sobre el deseo mimético, el ansia de predominar, la avidez por lo que otros tienen; pero también estaría la posibilidad de liberarse de dicho deseo mimético, de conversión.

Se trata de un giro radical hacia lo que trasciende el tiempo y la mera emotividad carnal, posibilitando que la vida de la persona no quede prisionera del curso que va desde las primeras tomas de conciencia mundanal hasta su pérdida a la hora de la muerte. El flujo horizontal del tiempo homogéneo –que filosóficamente, es decir, realmente no existe–, se transforma en un tiempo vertical y verdaderamente humano. El tiempo vertical no apunta al futuro ni al pasado: apunta a la trascendencia. Se revela así la dimensión espiritual del hombre, que lleva consigo la apertura al ámbito del amor personal (p. 129).

“El otro” (pp. 139-147) considera que tanto el amor como el deseo son intencionales pues tienden hacia un objeto. Aunque el objeto al que se tienda es importante –aparece aquí el tema de la hetero y homosexualidad–, sin embargo la diferencia entre amor y deseo viene dada por su propia dinámica y la jerarquía entre uno y otro.

Antes que el deseo está el amor, que es siempre lo primero, porque está en la base del trascender volitivo. Ahora bien, la primacía del amor sobre el deseo no es psicológica, sino ontológica; porque el amor apunta a la causa final; y el fin es lo que mueve todos los resortes de la conducta. [...] Desde el punto de vista ético, sólo es humanamente noble el deseo que está orientado por el amor, porque de él surge y a él retorna (p. 143).

En el siguiente capítulo, “El amor como ausencia” (pp. 149-157), se trata del papel que juega la cercanía o lejanía de la persona amada. “Imaginación” (pp. 159-169), por su parte, acaso el mejor capítulo del libro, se afirma el amor como donación y la persona como objeto del mismo:

Para llegar a un amor personal, en el que se esté dispuesto a dar la vida entera, es preciso que el conocimiento adquiera un nivel sapiencial, porque se han de superar las ataduras del tiempo, y es necesario que el saber se decante en el presente de una contemplación que aspira a la eternidad (p. 168).

Y hay que preguntarse “¿Fidelidad o ruptura?” (pp. 171-174). El peso del desvanecimiento de la metafísica y del fin del realismo gnoseológico en occidente tiene sus consecuencias en el modo de concebirse el amor. Si el nacimiento del amor está más en la fantasía que en la realidad y se confunde con lo sensitivo del deseo, el amor está condenado al fracaso, la fidelidad en presente y en futuro está condenada a lo imposible, tal vez a lo milagroso.

Antes del último capítulo, el lector encuentra “Amor y literatura” (175-183). No solamente interesa la literatura como modo de expresión adecuado de algo tan misterioso como el amor o el papel que ha jugado en la configuración de modelos de amar, sino también en el juego que en la obra de Proust tiene lugar entre amor, literatura y realización del escritor.

Y, por fin, el lector se encuentra con el término de su andadura en “La verdad del amor” (pp. 185-195). ¿Cuál es la verdad del amor? El amor no es la realización del deseo, no consiste en la culminación y perfeccionamiento de éste; por contrario que pueda parecer al sentir dominante, lo primero es el amor, pero, a su vez, “el bien que el amor anhela se encuentra más allá de todo deseo” (p. 190).

Aunque cabe preguntarse si acaso deseo y amor no sean sino momentos no temporales de una única acción, que para eso somos también carne, en la que la intensidad de ambos pueda variar, que en el caso del amor nunca falte el deseo, aunque pueda haber un deseo sin amor. Uno de los huecos que deja el libro es el amor al enemigo; de amor al prójimo se habla, pero un pensamiento sobre el amor no puede dejar de considerar la posibilidad o no, humanamente hablando, del amor a quien busca nuestro mal.

A lo largo del libro se camina entre una intermitente visita a Proust y la reflexión sobre el deseo y el amor, lo que da lugar a encontrar de cuando en cuando algún destello que da a sentir al buen filósofo que hay detrás de cada párrafo.